

espíritu para que te ayude.» Y aquella noche, según me senté, en cuclillas, a sus pies, mi madre nos dió a todos una lectura de Bob Ingersholl.

Creo que la educación general que el chico recibe en la escuela es absolutamente inútil. Recuerdo que en la escuela se me consideraba como una chica asombrosamente lista, y a la cabeza de toda la clase, o como una estúpida sin remedio, en el último extremo de la cola. Todo dependía de un poco de memoria y de si yo me tomaba o no el trabajo de aprender a repetir los temas que se nos indicaba. Pero nunca tenía la menor idea de lo que aquello significaba. Estuviera a la cabeza o a la cola de la clase, el tiempo transcurría muy lentamente y yo no dejaba de mirar al reloj hasta que sonaban las tres, y nos sentíamos en libertad. Mi verdadera educación se realizaba por las noches, cuando mi madre nos tocaba obras de Beethoven, Schumann, Schubert, Mozart o Chopin y nos leía en voz alta pasajes de Shakespeare, Shelley, Keats o Burns. Eran para nosotros horas encantadas. Mi madre recitaba casi todas las poesías de memoria, y yo, por imitarla, un día, en la escuela, a la edad de seis años, durante un festival, arrebaté a mi auditorio recitando *Antony to Cleopatra*, de William Lytle:

*I am dying, Egypt, dying!
Ebbs the crimson life-tide fast.*

En otra ocasión, la maestra nos pidió que escribiéramos nuestra historia, y mi relato fue como sigue:

«Cuando tenía cinco años, vivíamos en una casa de la calle 23. No pudiendo pagar nuestra renta, nos marchamos a la calle 17, y como, al poco tiempo, el propietario nos llamara la atención, por falta de dinero, nos mudamos a la calle 22, donde tampoco nos dejaron vivir en paz y de donde nos trasladamos a la calle 10.»

La historia continuaba por este camino, con un infinito número de mudanzas. Cuando me levanté en la clase para dar lectura a mi relato, la maestra montó en cólera. Creía que le estaba

gastando una broma pesada, y me envió a la directora, la cual hizo llamar a mi madre. Y cuando mi pobre madre leyó aquel papel, estalló en lágrimas y confesó que todo era muy cierto. Tal había sido y continuaba siendo nuestra existencia de nómada.

Las escuelas han debido cambiar desde que yo era chica. Lo que yo recuerdo de la enseñanza pública es una brutal comprensión de lo que es la niñez. También recuerdo la tortura de permanecer inmóvil, sentada en un banco, con el estómago vacío y los pies helados en los zapatos húmedos. La maestra me parecía un monstruo inhumano que estaba allí para torturarnos. Los niños no hablan nunca de estas angustias.

No recuerdo de ningún sufrimiento que tuviera por causa la pobreza de nuestro hogar. A nosotros nos parecía muy natural esa pobreza. Donde yo sufría era en la escuela, únicamente. Para un niño sensible y orgulloso, el sistema de la escuela pública es tan humillante como el de un penal. Yo siempre estaba en rebeldía.

Un día, a mis seis años, mi madre se encontró, al llegar a casa, con un espectáculo inusitado. Había reunido yo a una media docena de chicos de la vecindad, todos ellos muy pequeños e incapaces de correr, y, después de sentarlos en el suelo, los estaba enseñando a mover los brazos. Al pedirme una explicación, le dije que era mi escuela de baile. Mi idea le divirtió mucho, y se puso al piano para tocar algunos aires en mi obsequio. Esta escuela continuó abierta y llegó a ser muy popular. Al poco tiempo acudían a ella todas las chicas del barrio, y sus padres me pagaban pequeñas sumas por enseñarlas a bailar. Esta fue la iniciación de lo que más adelante, constituyó un empleo muy lucrativo.

Cuando tenía diez años, mis clases eran tan numerosas que confesé a mi madre que me parecía inútil volver a la escuela, donde no hacía sino perder el tiempo, dejando de ganar dinero. Me arreglé el pelo, peinándome con moño a lo alto de la cabeza, y dije que tenía

dieciséis años. Como estaba demasiado crecida para mi verdadera edad, todo el mundo se lo creía. Mi hermana Isabel, que había sido educada por nuestra abuela, llegó entonces a nuestra casa para vivir con nosotros, y me ayudó a dar clase de baile. Se nos solicitaba mucho, y dábamos lecciones a la gente más rica de San Francisco.

Yo era la más valerosa de toda mi familia, y cuando en casa no había nada que comer, yo era la voluntaria a quien se enviaba a la carnicería para que obtuviera, sin pagar, mediante engaños y promesas, algunas chuletas de cordero. Yo era quien iba a la panadería para gestionar una renovación de crédito. Experimentaba una especie de alegría aventurera cuando realizaba estas excursiones, y sobre todo cuando triunfaba, lo cual, en realidad, no era nada infrecuente. Solía emprender la vuelta bailando por la calle, bailando de júbilo, cargada con mi botín, y sintiéndome semejante a un salteador de caminos. Era una excelente educación, porque, aprendiendo a engañar a los feroces carniceros, aprendía también la técnica que me capacitaría, más tarde, para afrontar a los feroces empresarios.

Recuerdo que una vez, siendo todavía muy chica, encontré llorando a mi madre porque en un almacén no le habían querido aceptar no sé qué labor que había estado cosiendo afanosamente. Yo, ni corta ni perezosa, cogí su canasto, me puse una gorra en la cabeza y unos mitones en las manos, y fui, de puerta en puerta, ofreciendo mi mercancía, hasta que logré venderla y regresar a casa con el doble del dinero que mi madre hubiera sacado del almacén.

Cuando oigo a los padres de familia que trabajan para dejar una herencia a sus hijos, me pregunto si se darán cuenta de que, por ese camino, contribuyen a sofocar el espíritu de aventurero de sus vástagos. Cada dólar que les dejan, aumenta su debilidad. La mejor herencia consiste en dar a los niños la mayor libertad para desenvolverse por sí mismos. Nuestras lecciones proporcionaron, a mi hermana y a mí, el acceso en las casas más ricas de San Francisco. Yo no envidiaba a los chicos ricos, sino que los compadecía. Me asombraba el comprobar la pequeñez y la estupidez de sus vidas, y, por comparación con estos hijos de millonarios, me consideraba yo mil veces más rica en todo lo que da valor a la existencia.

Nuestra reputación de maestros fue creciendo. Nosotros decíamos que nuestro sistema de baile era nuevo, pero, en realidad, no había ningún sistema. Yo seguía mi fantasía, e improvisaba enseñando a los discípulos cualesquiera cosas bonitas que se me ocurrían. Una de mis primeras danzas fue el poema de Longfellow *I shot an arrow into the air*. (Disparé una flecha al aire) Solía recitar el poema y enseñaba a los niños a seguir su sentido con gestos y movimientos. Por la noche, mi madre nos acompañaba al piano mientras yo componía mis danzas. Una adorable señora, ya vieja, amiga de casa, una señora que venía frecuentemente a pasar con noso-

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSÉ, COSTA RICA

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras "National"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "Burroughs"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "Royal"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

United States Rubber Co.

Maquinaria en General

James M. Montley, New York

JOHN M. KEITH
Socio Gerente

RAMÓN RAMÍREZ A.
Socio Gerente